

María Luisa Garza Loreley, *Tentáculos de fuego*. Edición crítica por Imelda Paola Ugalde Andrade. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2023, 134 p.

Tentáculos de fuego es la única novela de propaganda antialcohólica postrevolucionaria. María Luisa Garza “Loreley”, fallecida en 1980 es la autora de dicho relato. Por su lado, Paola Ugalde Andrade se ha encargado de realizar tres apartados: el rescate y criterios de edición de la obra, el estudio preliminar relatando los apuntes literarios y contextos históricos y finalmente la novela, de quien firmó bajo el seudónimo de Loreley. El título de la historia me parece de lo más ingenioso para el tema referido: un pulpo maldito que extendía el vicio y con sus extremidades atrapaba cada uno de los aspectos de vida de la víctima. A través de la narrativa de este relato, Loreley buscaba dar un mensaje de prevención, educación y conciencia, al mostrar los males que ocasiona la bebida y los retos que enfrentaban las personas con dicha adicción.

En el primer apartado, Paola Ugalde relata el rescate de la obra y un poco de la vida de Loreley. Ella fue escritora, periodista, editora y directora regiomontana que compartió estancia en México y Estados Unidos. La década que respecta es la de 1920, en la que Loreley colaboró con el gobierno mexicano. En ese momento, la búsqueda de salud, educación e identidad nacional eran prioridad del Estado; las campañas contra el alcoholismo eran duras, tanto aquí, como en el país vecino del norte. En este contexto, la obra se origina en 1930. Para generar conciencia en el pueblo mexicano, Loreley expuso los daños, prejuicios y alcances que

el alcohol ocasionaba en las vidas, principalmente, de la masa obrera. Este mensaje iba dirigido para evitar la búsqueda de placeres mediante caminos fáciles como la bebida, que a la larga no hacen más que dañar vidas, personas y familias. El alcohol hoy en día puede tener una imagen semejante a lo percibido hace un siglo, con sustantivos como vicio, perdición, destrucción y todo lo relacionado al daño hacia un individuo y su entorno. Por lo tanto, el lector se puede transportar a la vida de las víctimas que sufren por los excesos, incluso casi cien años después.

Posteriormente, en el estudio preliminar, Ugalde hace una revisión a las vanguardias de la época. Ante las expresiones artísticas del siglo XX en favor de la cultura, la obra de Loreley se situaba del lado opuesto del canon oficial. El acercamiento a las clases populares para disciplinarlas y dotarlas de valores morales era el objetivo de la novela. El discurso revolucionario pronunciado por las élites dirigentes necesitaba transmitirse a la ciudadanía de una manera que le fuera posible fácil de comprender. Claro que esto no significaba hacerlo de una manera “tranquila” o “pausada”, todo lo contrario; se desarrolló un método en el que no se censuraran las consecuencias de cometer actos erróneos, como el consumo de bebidas etílicas. Por ese mismo

sendero, se pretendía que los círculos lectores se incrementaran y al mismo tiempo se luchaba contra los vicios. Cabe señalar que Loreley vivió en Estados Unidos, país que durante los años veinte se enfrentó a profundas medidas para terminar con el consumo de alcohol con la ley seca. Por ello, la autora estaba consciente de la situación social entre países vecinos, lo que le permitió profundizar en su novela, enfocándose en los daños que el alcohol ocasionaba en las personas, no solo física, sino emocionalmente.

El consumo de bebidas alcohólicas, señala Ugalde, era una práctica que se pretendía erradicar desde el periodo novohispano. Por ello, no es de sorprenderse que, en el siglo XX, ante las innovaciones de la medicina y los casos de enfermedades, trastornos y malestares ocasionados en aquellos individuos con alcoholismo, las autoridades se convencieran en la necesidad de contar con una población sana y alejada de los vicios. Estas preocupaciones no solo iban relacionadas con la salud, sino también con el rendimiento laboral y la baja productividad. Visto desde una dualidad, el discurso oficial se cargaba de angustia por mostrar una imagen de un pueblo sano y alejado de los vicios, pero también insistía en practicar un estilo de vida que aportara a la productividad laboral. Por ello, para evitar castigos, peleas

y sanciones dentro de las cantinas y pulquerías, se intentaba lograr un diálogo que instruyera y educara a través de campañas difundidas en la radio, carteles y la literatura.

El alcoholismo era visto como un impedimento de tener una sociedad sana, ejemplar y moderna. Las prácticas que derivaban de la bebida estropeaban la construcción de una imagen correcta y sana en México. Por lo que, valerse de los medios comunicativos para disminuir estas prácticas, era necesario. Por ello, la historia de los personajes Diana y Ernesto buscaba generar conciencia. El mensaje de Loreley: “Para ti hermano obrero, que luchas por levantarte. Ahoga en tus brazos potentes de voluntad y fuerza al monstruo del alcohol, al pulpo maldito. Cuando lo hagas, serás dueño de tu pueblo y digno de tu raza”.¹ Erradicar de manera contundente el alcoholismo necesitaba mensajes igual de certeros. Por ello, poner en tela de juicio que tu orgullo y dignidad dependen de seguir las buenas costumbres muestra una preocupación constante de llevar al pueblo a dar una imagen positiva cultural y socialmente. Se necesitaba convencer que el camino del vicio perjudicaba a la persona y al país.

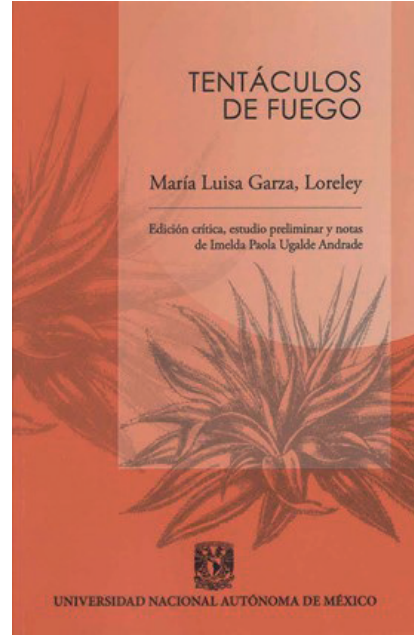
La carga de prejuicios que carga la bebida, tiene presencia en todas las clases sociales a lo largo de la historia. No es casualidad ni novedad escuchar comentarios que los de las clases bajas toman para escapar de su realidad, practicando el ocio, la pereza y la violencia. Entrando al tercer apartado, que es propiamente la novela de Loreley, ella utiliza un escenario en el que Ernesto (protagonista) es un ciudadano que tiene todo para ser feliz en su vida: una familia cariñosa, un hogar y trabajo. Se creería que continuar por esta línea es sencillo, pero todo esto cambia cuando prueba la bebida; su círculo cercano, junto con él, aprecia la crisis y caída de una persona que, luego de ver transformada y arruinada su vida, no ve otra salida para poner fin, de la peor manera posible.

Totalmente paralela a la imagen revolucionaria violenta de la década anterior, Loreley acierta en regalar al lector una perspectiva de México en 1929 con caminares por la calzada México Tacuba, Mixcoac, San Rafael, Valle Gómez, Niño Perdido (ahora Obrera) y el canal de la Viga/Santa Anita donde se celebraban fiestas y paseos. Una vida cotidiana de algunas familias mexicanas que también contrasta con otros paisajes como las zonas ricas, simbólicas y sanas de Chapultepec o las marginadas y po-

¹ María Luisa García, *Tentáculos de fuego*, México, 1930, p. 1.

bres como Peralvillo. Jugar con estos escenarios pretendía mostrar vidas aspiracionales que se lograban siguiendo los pasos moralmente correctos. Contar con un núcleo familiar fuerte y leal era un gran apoyo para evitar las tentaciones y adicciones (a las que una vez más hace alusión el pulpo de Loreley).

La novela cuenta con las emociones necesarias a transmitir al lector para querer saber más con el pasar de las hojas: desde tranquilidad, frustración, tristeza, coraje, hasta una pizca de ilusión. Ernesto contempla su vida transcurrir en medio de su alcoholismo, viendo pasar la preocupación y tristeza de sus seres queridos, quienes intentan darle el apoyo necesario para superar su problema. La novela muestra elementos como la brujería y las clínicas especializadas, jugando nuevamente con esta dualidad entre soluciones fantasiosas y aquellas más profesionales para acabar con las acciones del pulpo maligno. Los personajes secundarios como su esposa, madre y amigos reflejan la preocupación que todo familiar tiene al ver a su esposo, hijo o amigo siendo



consumido por una enfermedad que lo aleja de ellos y peligró su vida.

En su obra, Loreley describe el trágico cuadro que el *delirium tremens* impacta dentro de un honesto hogar. Para los lectores de la época, la autora intenta mostrarles las terribles consecuencias de una vida con alcohol en la sangre. Ahora bien, para nosotros, lectores contemporáneos, esta obra es un buen escape literario si se quiere mostrar una imagen diferente a la

cargada de violencia, grandes nombres e inestabilidad política de los años 20 del siglo gemelo.

A título personal, *Tentáculos de fuego* me parece una buena novela, sin caer en lo más novedoso o misterioso, pero, hablando desde el perfil del historiador, el mayor acierto de Loreley fue el manejo de los escenarios en un México cotidiano de la época citada. Las descripciones que hace de algunos puntos capitalinos, la literatura que se leía en ese momento, las transmisiones de radio, la comida, los paisajes e incluso piezas musicales, son parte de la cotidianeidad de la década del siglo anterior en medio de un escenario de dolor y preocupación. Hablando también de las campañas antialcohólicas, estas también se ven difundidas en la novela, al igual que las leyes que prohibían la venta y consumo de bebidas etílicas. Todos estos elementos nos hacen aterrizar en una historia cotidiana, de un hogar común, en la gran capital de México y que dotan de mayor realismo a la novela de Loreley.

Este trabajo me resulta novedoso y es aquí donde regreso al primer apartado, donde Ugalde hace una “advertencia editorial”, en donde nos habla sobre el proyecto y la búsqueda que ejecutó, siguiendo las huellas de Loreley, quien permaneció en un largo anonimato. Gracias a este esfuerzo, fue posible la publicación y conocimiento a nivel académico del trabajo de la escritora regiomontana. Es necesario recordar que Loreley cuenta con un perfil de sumo interés: su participación como escritora en México y Estados Unidos, su contribución en el gobierno mexicano como parte destacada de las campañas antialcohólicas y su posterior “desaparición” hasta llegada su muerte en 1980. Es una incógnita que Ugalde deja en el tintero y que puede merecer la pena para interés del lector. Con estas pistas y con el camino que va abriendo gracias a las fuentes que se le han brindado, me atrevo a decir, que María Luisa Garza puede estar en la antesala de un trabajo biográfico que permita conocer aún más, tanto la época postrevolucionaria y

cotidiana, así como su vida a través del largo siglo XX en México.

Para cerrar, quiero externar mi reconocimiento a Paola Ugalde por su estudio crítico de esta valiosa obra. Sin duda es un grato aprendizaje realizar el rescate de un personaje tan ausente como la de María Garza y más aún, transmitir una perspectiva diferente de un tema interesante durante una década de reorganización en México. Un último aspecto que quiero señalar es que el estudio de la autora puede ser visto desde cualquier área de estudio: en este caso, fue del lado histórico, mostrando los matices de la población mexicana del

siglo XX. Sin duda, las observaciones y críticas que se puedan manifestar de otras disciplinas, enriquecerán a la revisión del presente libro.

JESÚS ALEJANDRO MORALES OLIVERA

ORCID: 0009-0002-1256-0147

Universidad Autónoma Metropolitana,

Unidad Iztapalapa

j.alejandromorales@outlook.com

**D. R. © Jesús Alejandro Morales Olivera,
Ciudad de México, enero-junio, 2025**